# 60 Años

**Karla Rubilar**

Magíster en Salud Pública de Universidad de Chile.

Médica Cirujana, Universidad de Santiago de Chile.

Exdiputada y exministra Secretaría General de Gobierno y de Desarrollo Social y Familia.

Si nos detenemos y hacemos memoria, cuando se cumplieron 30 años del Golpe de Estado el ambiente hacía pensar que, pese a las tensiones, nos estábamos poniendo de acuerdo. Además de la apertura de la puerta de Morandé 80, el presidente a la sazón Ricardo Lagos manejó la situación con la izquierda y no hizo alarde por la ausencia de Renovación Nacional (RN) y la Unión Demócrata Independiente (UDI) en el acto de conmemoración en La Moneda. A cambio, ambos partidos hicieron declaraciones públicas condenando las violaciones a los derechos humanos. El Ejército habló del «Nunca más» y en la Armada, por primera vez, viajaron juntos marinos y exprisioneros políticos a Isla Dawson.

Para los 40 años, seguimos avanzando. Por primera vez, la derecha había llegado a La Moneda en 2010 con Sebastián Piñera, opositor a Pinochet. Habló de los cómplices pasivos (pese a los costos que le significó dentro del sector) y anunció el cierre definitivo del penal Cordillera y el traslado de los condenados a Punta Peuco. La derecha crecía hacia el centro, con dos proyectos políticos (partidos Amplitud y Evolución Política) que, en sus principios fundacionales, defendían la libertad, condenaban la dictadura de Pinochet y las violaciones a los derechos humanos.

Hasta hace un año parecíamos bien encaminados. Después de la polarización del estallido social, los resultados del plebiscito en que el rechazo se impuso contundentemente hicieron pronosticar que volveríamos a la moderación y que aquel centro político nuevamente podría germinar.

Pero algo pasó. Algo se quebró y hoy, a 50 años del golpe, salvo la histórica declaración transversal del Senado que posteriormente el Partido Comunista (PC) desconoció, las reacciones del mundo político nos muestran un retroceso que debe preocuparnos a todos. Nuestra incapacidad está condenando a las nuevas generaciones a 50 años de pasado en vez de futuro.

Basta mirar el debate político para darse cuenta de que, en vez de seguir avanzando, retrocedimos. Era responsabilidad de quien gobierna, de ocupar la enorme oportunidad que le daba la historia al único presidente que no había nacido para 1973, para reflexionar acerca de las responsabilidades de los propios tal como lo había hecho el presidente Piñera diez años atrás. Cuestionar la validación de la vía armada y la violencia como forma de llegar y mantener el poder y, con ello, dar un paso más a lograr al fin un consenso básico desde los errores de unos y otros que permitieron quebrar nuestra democracia. No obstante, la polarización se tomó el clima del debate y lo que, hasta hace unos años, era consenso, ahora se relativizó. Y, una vez más, vimos cómo la violencia se justificó dependiendo de si convenía políticamente o no.

En este contexto, a nadie podría extrañarle lo que nos dicen las diferentes encuestas: a una importante mayoría de chilenas y chilenos el tema no les interesa. Puesto que, claro, lo que ven les es ajeno en medio de sus angustias del presente: ven sólo peleas sin sentido. Esto finalmente nos hizo perder la tremenda oportunidad de establecer la importancia de la memoria para no repetir los errores del pasado y, con ello, lamentablemente esta fecha se convirtió en un fracaso político.

De nosotros depende que lleguemos a los 60 años con un país más dialogante, donde seamos capaces de reflexionar en serio, sin pasiones, sin extremismos ni fanatismos, sobre lo que hemos construido y hacia dónde queremos ir. Es decir, donde firmar una declaración de que la democracia se defiende con más democracia, los derechos humanos son intransables y la violencia nunca es el camino, en fin, sean un mínimo acuerdo de un Chile que realmente quiere sanar. Mi compromiso es contribuir a que, en la próxima década, los *nunca más* de todas y todos, chilenas y chilenos, esta vez sí sean posibles.